

COLABORADORES DE DIOS

Estamos en el mundo *para amar a Dios, con todo nuestro corazón y con toda nuestra alma, y para extender ese amor a todas las criaturas (...). Dios no deja a ningún alma abandonada a un destino ciego: para todas tiene un designio, a todas las llama con una vocación personalísima, intransferible*¹.

El Señor tiene para cada persona unos planes llenos de cariño paterno. En el seguimiento de esa llamada personal estriba el secreto para ser feliz, en la tierra y en el Cielo. Por eso, *todas las vocaciones son importantes, todas merecen gran estima y reconocimiento, todas deben ser escuchadas y seguidas con generosidad*². Y entre los deberes de los padres cristianos se cuenta uno principalísimo: preparar a sus hijos desde pequeños para que sepan descubrir y seguir, en el momento oportuno, la peculiar e irrepetible vocación con que Dios les llama desde la eternidad.

En la mayor parte de los casos, esa vocación seguirá el cauce de la vida matrimonial: como enseñó siempre nuestro Fundador, *el matrimonio es camino divino, es vocación. Pero no es el único camino, ni la única vocación. Los planes de Dios (...) no están ligados necesariamente al matrimonio*³.

¹ *Conversaciones*, n. 106.

² Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones, 25-I-1985.

³ *Conversaciones*, n. 106.

Una preparación necesaria

El Señor da a conocer a cada persona su propia vocación cuando lo considera más oportuno, como claramente se manifiesta en la parábola de los trabajadores de la viña ⁴: unos son llamados a primera hora y otros al final de la jornada, cuando ya decaía la tarde.

El tiempo de la llamada divina, especialmente cuando se trata de seguir a Cristo renunciando al amor humano por el Reino de los cielos, coincide muchas veces con la época de la primera juventud e incluso con la infancia ⁵. Y para que esa vocación sea correspondida, es preciso que —como en la parábola del sembrador— encuentre un terreno propicio ⁶.

Esa preparación es sobre todo sobrenatural. El Señor no deja de llamar a muchas almas para que le sigan *indiviso corde* ⁷, mediante la entrega del corazón en virginidad o celibato por el Reino de los cielos. Sin embargo, hay épocas en las que este don se precisa con más abundancia, pues son especialmente urgentes las necesidades de la Iglesia. En esos casos, los cristianos tienen el deber de poner los medios oportunos para favorecer la respuesta de quienes sean llamados de este modo, ayudándoles a superar las dificultades de ambiente, mentalidad o cultura que puedan encontrar. Ante estas necesidades, *no podemos permanecer pasivos, sin hacer nada de cuanto esté en nuestras posibilidades* ⁸.

El primer medio es la oración, pues *el futuro de las vocaciones está en las manos de Dios, pero en cierto sentido también está en nuestras manos. La oración es nuestra fuerza: con ella las vocaciones no faltarán, ni la voz divina dejará de ser escuchada. Oremos al Maestro para que ninguno se sienta ajeno o indiferente a esta voz, antes al contrario, se interroque a sí mismo y mida su propia capacidad, o mejor, redescubra sus propias reservas de generosidad y de*

⁴ Cfr. *Matth.* XX, 1 ss.

⁵ Cfr. Juan Pablo II, Carta *Parati semper*, 31-III-1985, n. 8.

⁶ Cfr. Pablo VI, Litt. apost. *Summi Dei Verbum*, 4-XI-1963, n. 70.

⁷ Cfr. *I Cor.* VII, 20.

⁸ Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones, 11-II-1987.

responsabilidad. Ninguno se sustraiga a este deber ⁹.

Las palabras del Señor: *rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies* ¹⁰, no son una mera invitación, sino una orden imperiosa. La oración es el mejor modo de conseguir que Dios derrame abundantemente su misericordia. Ante la inmensa necesidad de sacerdotes, religiosos y religiosas, y de seglares que se entreguen a Dios en medio del mundo, en su propio estado y condición, de cada corazón cristiano debe brotar una plegaria ardiente. *En la oración constante y universal, particularmente centrada en la Eucaristía, fuente del sacerdocio ministerial y de todas las vocaciones, radica la esperanza de la Iglesia y de la humanidad. Cristo ha empeñado su palabra y no nos negará cuanto El mismo ha mandado pedir* ¹¹.

La familia, escuela de amor de Dios

Un papel importante corresponde a la familia. Nuestro Fundador decía que los padres y las madres *han de ser conscientes de que están llamados a santificarse santificando, de que están llamados a ser apóstoles, y de que su primer apostolado está en el hogar. Deben comprender la obra sobrenatural que implica la fundación de una familia, la educación de los hijos, la irradiación cristiana en la sociedad. De esta conciencia de la propia misión dependen en gran parte la eficacia y el éxito de su vida: su felicidad* ¹².

Los padres cristianos han de inculcar en sus hijos, desde que son pequeños, un amor a Dios que les lleve a poner en el primer puesto de su vida todo lo que a El se refiere. Esta enseñanza, a veces, chocará frontalmente con una civilización en la que *tener más* es la regla áurea de comportamiento. Será entonces necesario ir contra corriente, sin dejarse arrastrar por la ley de la mayoría; de este modo, las familias se convertirán —tal como Dios quiere— en colaboradoras de los designios de la Providencia ¹³. Y preparados de

⁹ *Ibid.*

¹⁰ *Matth. IX, 38.*

¹¹ Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las vocaciones, 11-II-1984.

¹² *Conversaciones*, n. 91.

¹³ Cfr. Concilio Vaticano II, *decr. Optatam totius*, n. 2.

manera apropiada, los hijos podrán descubrir el modo concreto en que Dios los convoca a su servicio, y estarán en condiciones de exclamar con alegría: *Dios me llama y me envía como obrero de su viña; me llama y me envía a trabajar en la venida de su reino en la historia*¹⁴.

Enseña Santo Tomás que, *a quienes Dios elige para una misión, los dispone y prepara de suerte que resulten idóneos para desempeñar la misión para la que fueron elegidos, según la afirmación de la segunda Epístola a los Corintios: "nos ha hecho ministros aptos de una nueva alianza"*¹⁵. El Señor suele servirse de causas segundas —los padres, los hermanos, los demás parientes, los amigos...— para que los hombres y mujeres descubran su vocación personal. Por eso es muy conveniente que en los hogares cristianos se respire un aire de generosidad, de recta valoración del fin de la vida del hombre, de visión sobrenatural, que sepa dar su justa medida a todas las realidades humanas.

Así como la vocación de Jesucristo se manifestó en la Familia de Nazaret, así cada vocación nace y se manifiesta también hoy en la familia.

*Las familias de nuestro tiempo deben ser siempre conscientes de este cometido principal e insustituible que han recibido de Dios: formar los hijos para tomar conciencia del puesto que Dios ha asignado a cada uno en este mundo, tomar conciencia de la propia vocación*¹⁶. Y el Santo Padre recuerda a los pastores de la Iglesia que cuanto hagan por el robustecimiento y santificación de la familia, redundará en la vitalización de las Iglesias locales y en una prometedora floración de vocaciones¹⁷.

Respetar la vocación de los hijos

Siendo la familia el medio fundamental en el que se cultivan las diversas formas de la vocación cristiana a la santidad, resulta de-

¹⁴ Juan Pablo II, Exhort. apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 58.

¹⁵ Santo Tomás, *S. Th.* III, q. 27, a. 4 c.

¹⁶ Juan Pablo II, Alocución, 31-I-1985.

¹⁷ Juan Pablo II, Alocución, 7-XII-1984.

cisiva la responsabilidad de los padres en el cumplimiento de sus deberes matrimoniales. El Papa Pablo VI recordaba que la expansión del Reino de Dios y las posibilidades apostólicas de la Iglesia se hallan en estrecha relación con la generosidad de los padres para recibir todos los hijos que Dios les mande ¹⁸. Y el Padre, refiriéndose a la dedicación a Dios en la virginidad o en el celibato, ha comentado que en los hogares donde voluntariamente no hay más que uno o dos hijos, es prácticamente imposible que surjan este tipo de vocaciones. Si los hijos, en efecto, crecen en un ambiente donde reina el egoísmo o, al menos, la falta de generosidad, es muy difícil que acojan la llamada de Dios al celibato apostólico. Estas vocaciones *proceden, generalmente, de familias numerosas* ¹⁹. Por eso nos insiste el Padre: *pedid a Dios que siga habiendo muchas* ²⁰. Nuestro Fundador afirmaba que en las familias numerosas que son fruto del amor generoso y sacrificado de los padres, *es más fácil comprender la grandeza de la vocación divina y, entre sus hijos, los hay para todos los estados* ²¹.

Cuando los padres pierden el sentido sobrenatural de la vida, y ponen el acento en la consecución de logros meramente terrenos, la posibilidad de que un hijo se entregue al servicio de Dios en celibato apostólico les parece una locura, y los que siguen ese camino unos locos. Se cumple entonces a la letra la apreciación del Apóstol San Pablo, cuando afirmaba que el seguimiento de Cristo crucificado es *escándalo para los judíos y necedad para los gentiles* ²². Si esta mentalidad se aposenta en un hogar, *no es extraño que la familia comience a ser el principal obstáculo no sólo para el desarrollo y el discernimiento de una vocación, sino también de su realización práctica* ²³.

A veces —comentaba nuestro Padre— *se cumplen en las almas aquellas palabras del Señor: inimici hominis domestici eius (Matth. X, 36), los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa. A mí me da mucha pena decir esto, pero... ¡en cuántas ocasiones es*

¹⁸ Cfr. Pablo VI, Alocución, 12-II-1966.

¹⁹ Del Padre, Tertulia, 22-I-1986.

²⁰ *Ibid.*

²¹ De nuestro Padre, Obras X-63, p. 20.

²² I Cor. I, 23.

²³ Congregación para la Enseñanza Católica, *Carta circular*, 23-V-1968.

la familia, son los amigos, son los parientes, los que se oponen a la vocación de una manera desconsiderada, porque no entienden, porque no quieren entender, porque no quieren recibir las luces del Señor! Y se oponen a todas las cosas nobles de una vida entregada a Dios. Y se atreven ¡a probar! la vocación de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, de sus parientes ²⁴.

Por el contrario, comentaba también nuestro Padre, *un cristiano que procura santificarse en el estado matrimonial, y es consciente de la grandeza de su propia vocación, espontáneamente siente una especial veneración y un profundo cariño hacia los que son llamados al celibato apostólico; y cuando alguno de sus hijos, por la gracia del Señor, emprende ese camino, se alegra sinceramente. Y llega a amar aún más su propia vocación matrimonial, que le ha permitido ofrecer a Jesucristo —el gran Amor de todos, célibes o casados— los frutos del amor humano* ²⁵.

La misión de los padres

Nunca unos padres cristianos han de obstaculizar la vocación divina de sus hijos, sea la que sea. Pueden, sí, dar su consejo prudente, facilitar el conocimiento de todas las circunstancias que consideren que hay que tener en cuenta, pero respetando absolutamente la libertad de las conciencias. Dios siempre llama en el momento apropiado. Si los padres se opusieran, correrían el riesgo de hacer un daño a veces irreparable, porque la tardanza y la resistencia pueden apagar la llama que ha encendido el Amor divino.

Esta norma de actuación no es más que la aplicación concreta de un criterio más general: que *las decisiones que determinan el rumbo de una vida, ha de tomarlas cada uno personalmente, con libertad, sin coacción ni presión de ningún tipo*.

Esto no quiere decir que no haga falta, de ordinario, la intervención de otras personas. Precisamente porque son pasos decisivos, que afectan a toda la vida, y porque la felicidad depende en gran

²⁴ De nuestro Padre, Meditación, 9-I-1959.

²⁵ *Conversaciones*, n. 92.

parte de cómo se den, es lógico que requieran serenidad, que haya que evitar la precipitación, que exijan responsabilidad y prudencia. Y una parte de la prudencia consiste justamente en pedir consejo: sería presunción —que suele pagarse cara— pensar que podemos decidir sin la gracia de Dios y sin el calor y la luz de otras personas, especialmente de nuestros padres.

Los padres pueden y deben prestar a sus hijos una ayuda preciosa, descubriendoles nuevos horizontes, comunicándoles su experiencia, haciéndoles reflexionar para que no se dejen arrastrar por estados emocionales pasajeros, ofreciéndoles una valoración realista de las cosas. Unas veces prestarán esa ayuda con su consejo personal; otras, animando a sus hijos a acudir a otras personas competentes: a un amigo leal y sincero, a un sacerdote docto y piadoso, a un experto en orientación profesional.

Pero el consejo no quita la libertad, sino que da elementos de juicio, y esto amplía las posibilidades de elección, y hace que la decisión no esté determinada por factores irracionales. Después de oír los pareceres de otros y de ponderar todo bien, llega un momento en el que hay que escoger: y entonces nadie tiene derecho a violentar la libertad. Los padres han de guardarse de la tentación de querer proyectarse indebidamente en sus hijos —de construirlos según sus propias preferencias—, han de respetar las inclinaciones y las aptitudes que Dios da a cada uno. Si hay verdadero amor, esto resulta de ordinario sencillo (...).

Los padres que aman de verdad, que buscan sinceramente el bien de sus hijos, después de los consejos y de las consideraciones oportunas, han de retirarse con delicadeza para que nada perjudique el gran bien de la libertad, que hace al hombre capaz de amar y de servir a Dios. Deben recordar que Dios mismo ha querido que se le ame y se le sirva en libertad, y respeta siempre nuestras decisiones personales: dejó Dios al hombre —nos dice la Escritura— en manos de su albedrío (Eccl. XV, 14).

Unas palabras más, para referirme expresamente al último de los casos concretos planteados: la decisión de emplearse en el servicio de la Iglesia y de las almas. Cuando unos padres católicos no comprenden esa vocación, pienso que han fracasado en su misión de formar una familia cristiana, que ni siquiera son conscientes de la dig-

nidad que el Cristianismo da a su propia vocación matrimonial. Por lo demás, la experiencia que tengo en el Opus Dei es muy positiva. Suelo decir, a los miembros de la Obra, que deben el noventa por ciento de su vocación a sus padres: porque les han sabido educar y les han enseñado a ser generosos. Puedo asegurar que en la inmensa mayoría de los casos —prácticamente en la totalidad— los padres no sólo respetan sino que aman esa decisión de sus hijos, y que ven en seguida la Obra como una ampliación de la propia familia. Es una de mis grandes alegrías, y una comprobación más de que, para ser muy divinos, hay que ser también muy humanos ²⁶.

Ver las cosas con visión sobrenatural

A veces, la reacción de algunos padres cristianos ante la llamada de Dios a sus hijos —sobre todo cuando se trata de una vocación al celibato apostólico o a la virginidad por el Reino de los cielos— no es todo lo sobrenatural que cabría esperarse. Por eso escribió nuestro Fundador: *recordad a todos —y de modo especial a tantos padres y a tantas madres de familia, que se dicen cristianos— que la “vocación”, la llamada de Dios, es una gracia del Señor, una elección hecha por la bondad divina, un motivo de santo orgullo, un servir a todos gustosamente por amor de Jesucristo* ²⁷.

La preocupación por los hijos no debe llevar nunca a la triste situación que San Ambrosio denunciaba hace muchos siglos: *sé de no pocas jóvenes que, deseosas de consagrarse a Dios su virginidad, no lo consiguieron por estorbárselo sus madres (...). A tales madres dirijo ahora mi discurso y pregunto: ¿no son libres vuestras hijas para amar a los hombres y elegir marido entre ellos, amparándolas la ley en su derecho aun contra vuestra voluntad? Y las que pueden libremente desposarse con un hombre, ¿no han de ser libres para desposarse con Dios?* ²⁸.

Es razonable que los padres miren las cosas *de tejas abajo* en su hogar, pensando también en el bien terreno de los hijos; pero esa ló-

²⁶ *Conversaciones*, n. 104.

²⁷ *Forja*, n. 17.

²⁸ San Ambrosio, *De virginibus* 11, 58.

gica preocupación ha de ser compatible con el delicado respeto a los planes de Dios. Y así, por ejemplo, han de considerar que los hijos no incumplen los deberes de piedad cuando deciden seguir una vocación específica que quizá les exija —para estar totalmente disponibles en el apostolado— separarse físicamente de ellos. Ya lo advertía Santo Tomás al escribir que *Santiago y Juan son alabados por seguir al Señor abandonando a su padre, no porque su padre los incitase a pecar, sino porque juzgaron que él podría seguir viviendo aun cuando ellos se fuesen con Cristo*²⁹. Por otra parte, los hijos que dejan el hogar paterno por seguir las exigencias de su específica y concreta vocación no hacen nada extraordinario actuando de este modo: así se comportan también los que, acogiendo otra vocación también divina, abandonan el hogar natal para construir el suyo propio mediante la creación de una nueva familia.

Refiriéndose a un caso en el que los padres ponían excesivas dificultades a un hijo que pretendía seguir la llamada al celibato apostólico, nuestro Fundador comentaba en cierta ocasión: *di a esa madre —primero a ella, porque mandáis vosotras en el hogar, y es bueno que así sea (...), que Dios Nuestro Señor escoge a quien quiere, y que es muestra de predilección para esa familia. Si la vocación es de verdad, sale adelante siempre.*

*También dile que la entiendo bien: ella tiene la obligación de mirar las cosas de tejas abajo, y yo no me enfado con ella: la comprendo perfectamente y me pongo a su lado. Pero, después, dile que Dios es más poderoso. Y que si ella hubiera educado a sus hijos para granujas, difícilmente el Señor hubiera encontrado la tierra de esas almas dispuesta para recibir la semilla de la vocación. Que el noventa por ciento de la vocación de los hijos se debe a su madre y a su padre. ¡Que se enfade con ella misma!*³⁰

Si la actitud de resistencia de los padres no fuera momentánea; si se tratase más bien de una disposición estable, significaría que la doctrina de Cristo se ha malogrado en ese hogar: *cuando, aparte de la novela rosa, persisten en su oposición a la vocación del hijo, es que, entonces, el espíritu cristiano de esa familia ha fracasado ruinosamen-*

²⁹ Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 101, a. 4, ad 1.

³⁰ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 820.

te; su fe no es práctica, porque la llamada de Dios para seguirle más de cerca —como sacerdote, religioso, miembro del Opus Dei, o lo que sea—, es una predilección de Dios, un honor que se concede a los padres de familia ³¹.

En definitiva, si alguien pone obstáculos para seguir la llamada del Señor, cualquiera que sea, el criterio es muy claro: *hay que defender la vocación con uñas y dientes. Esta llamada especial de Dios no la podemos desperdiciar, ni tirar por la ventana como si de basura se tratase. Es un tesoro inmenso y hemos de actuar como enseña Jesús en las paráolas del tesoro escondido y de la perla preciosa: vendiendo todo lo que poseamos, aunque requiera esfuerzo y sacrificio, para adquirir el tesoro y asegurararlo, para que nadie nos lo pueda robar* ³².

Es la enseñanza del Evangelio en la escena de la vocación de Santiago y Juan. *Considerad la fe y obediencia de estos discípulos*, escribe San Juan Crisóstomo. *Hallándose en medio de su trabajo (...), apenas oyen su mandato, no vacilan ni aplazan un momento su seguimiento. No le dijeron: vamos a volver a casa a decir adiós a los padres. No, lo dejan todo y se ponen a seguirle, como hizo Eliseo con Elías. Esa es la obediencia que Cristo nos pide: ni un momento de dilación, por muy necesario que sea lo que pudiera retardar nuestro seguimiento* ³³.

Una llamada específica

Durante mucho tiempo, el término *vocación* se empleaba sobre todo referido al sacerdocio y a la vida religiosa, como si Dios sólo *llamara* en estos casos. Como ha escrito el Santo Padre, el “*sígueme*” de Cristo se puede escuchar a lo largo de distintos caminos, a través de los cuales andan los discípulos y los testigos del divino Redentor. Se puede llegar a ser imitadores de Cristo de diversos modos, o sea no sólo dando testimonio del Reino escatológico de verdad y de amor, sino también esforzándose por la transformación de toda la realidad temporal conforme al espíritu del Evangelio (cfr. Concilio Vaticano II,

³¹ Del Padre, Tertulia, 22-I-1986.

³² Del Padre, Tertulia, 2-IV-1988.

³³ San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 14, 2.

Const. past. Gaudium et spes, n. 43-44 ³⁴.

El Opus Dei es uno de los caminos vocacionales que Dios ha abierto en el mundo. Con una llamada particularísima, que lleva a profundizar de manera especial y peculiar en las consecuencias que se derivan de los compromisos bautismales, el Señor desea que muchos millares de personas busquen la santidad y ejerciten el apostolado en las circunstancias ordinarias de la vida, sin cambiar de estado, viviendo el espíritu específico que Dios entregó a nuestro Fundador.

Es divinamente lógico que los matrimonios formados por Supernumerarios, Cooperadores y tantas otras personas que conocen y aprecian la labor de la Obra, consideren con grandísima alegría que sus hijos puedan algún día recibir esa llamada, especialmente si es como Numerario o Agregado. *En vuestros hogares, que siempre he calificado de luminosos y alegres* —escribió nuestro Fundador—, *se educarán vuestros hijos en las virtudes sobrenaturales y humanas, en un clima de libertad, de sacrificio alegre. ¡Y cuántas vocaciones vendrán a la Obra, desde esos hogares que yo he llamado las escuelas apostólicas del Opus Dei! Una de las grandes y frecuentes alegrías de mi vida es ver una cara, que me recuerda a aquel chico que yo conocía hace tantos años. Tú —le pregunto— ¿cómo te llamas?, ¿eres hijo de fulano? Y gozo, dando gracias a Dios, cuando me responde afirmativamente* ³⁵.

Además de poner los medios sobrenaturales, que son siempre los más importantes, los padres han de actuar con prudencia para facilitar la acción de la gracia en las almas de sus hijos. Han de respetar delicadamente su libertad, sin forzarles nunca a recibir formación en los Centros de la Obra, pero sin ocultarles tampoco el gran bien que pueden obtener. Al mismo tiempo, evitarán hablarles del Opus Dei cuando pueda resultar inoportuno. Nuestro Padre, dirigiéndose a los Supernumerarios, ponía algunas veces ejemplos de esa picardía santa que han de tener para acercar a sus hijos a la Obra; por ejemplo, aconsejaba que, cuando preguntasen, una buena respuesta podría ser: sabes que yo no quiero hablarte de esto, ¡a ti qué te importa, déjalo! Y cuando insista la segunda vez: pues mira..., ¿por qué no vas a fulanito, que te lo explicará mejor? A fulanito o a

³⁴ Juan Pablo II, Carta *Parati semper*, 31-III-1985, n. 9.

³⁵ De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 57.

*fulanita, quien sea, uno de tus hermanos que se encarga de trabajar con gente de esa edad*³⁶.

Es evidente que la asistencia de los hijos a Colegios, Centros y Clubs donde pueden recibir una formación conveniente comportará a veces nuevos sacrificios. Pero unos padres que están dispuestos a hacer de sus hijos hombres o mujeres cristianos de verdad, sabrán afrontar esos inconvenientes con generosidad, seguros de que el Señor no pide imposibles.

Luego, si el Señor llama a alguno de sus hijos como Numerario o Agregado, aceptarán con alegría esa muestra de predilección divina, renunciando con prontitud a otros posibles planes. *Cuando salen con aureola, decía nuestro Fundador, con ganas de ser santos, ¡madres de mi alma, llenaos de gozo y romped la novela que habíais escrito! Porque apenas nace una criatura, ya estáis escribiendo su fantástica biografía: las madres pensáis en casarles; los padres pensáis que seguirá con el negocio, que lo aumentará, que lo mejorará, que lo engrandecerá. Y si un día el chico o la hija llegan a disponer de su vida —con la gracia de Dios— como les da la gana, entonces, os enfadáis y pasáis un mal trago. Hay que evitar esos malos ratos*³⁷.

Además de agradecerlo de todo corazón a Dios, es preciso respetar la debida autonomía del hijo. Con delicadeza, pueden evitarles situaciones que les resultarían molestas o costosas. Por ejemplo, cuando llega el periodo de veraneo, han de estar especialmente atentos a que el ambiente, las relaciones... no repercutan negativamente en la maduración de la respuesta de los hijos a la vocación. Siempre, pero de modo particular en esa temporada, la actividad familiar habrá de compaginarse con las nuevas exigencias de formación que tienen los hijos.

Una misión que nunca termina

Cuando un hijo plantea la oportunidad de abandonar el hogar para recibir la formación específica que exige la vocación a la Obra

³⁶ De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 822-823.

³⁷ *Ibid.*, p. 820.

y para dedicar más tiempo a las labores apostólicas, es lógico que a los padres les cueste la separación física. Será precisa entonces una mayor visión sobrenatural, sin olvidar tampoco que en muchas ocasiones —por motivos incluso fútiles— se dan esas separaciones, sin que se produzca ningún trauma en la familia.

A veces, cegados por un cariño desordenado, o por las tergiversaciones de algún mal consejero, algunos padres llegan a poner obstáculos a la vocación de sus hijos. En estos casos, además de rezar y tratar a esas personas con cariño, suele resultar muy eficaz que otros padres, también con hijos en el Opus Dei, les ayuden a cambiar de actitud. Es tarea principal de Supernumerarios y Cooperadores. *Vosotros ayudaréis también con vuestro trato a que las familias —pocas— de algunos de mis hijos, que no acaban de comprender su camino de dedicación al servicio de Dios, lleguen a agradecer al Señor ese favor inestimable de haber sido llamados para ser padres y madres de los hijos de Dios en su Obra. Nunca pensaron que sus hijos se dedicasen a Dios y, por el contrario, habían hecho para ellos planes bien distantes de esa entrega, que no esperaban, y que viene a destruir sus proyectos, muchas veces nobles, pero terrenos. De todas formas, mi experiencia —ya no breve— me enseña que los padres, que no recibieron con alegría la vocación de sus hijos, acaban por rendirse, se acercan a la vida de piedad, a la Iglesia, y terminan por amar a la Obra.*

Son, por gracia de Dios, cada día más abundantes, a pesar de las consideraciones anteriores, las familias —padres, hermanos y parientes— que reaccionan de modo sobrenatural y cristiano, ante la vocación; y que ayudan, piden la entrada como Supernumerarios o son, al menos, grandes Cooperadores ³⁸.

Aun entonces la función de los padres no acaba, porque las relaciones de paternidad y filiación son permanentes, aunque con el tiempo adquieran nuevas modalidades. Muchas veces se refirió nuestro Fundador al modo en que los padres han de seguir pendientes de sus hijos durante toda la vida. *Al hablar con las madres y los padres de mis hijos, suelo decirles: no ha acabado vuestra misión de padres. Les tenéis que ayudar a ser santos. ¿Y cómo? Siendo vosotros*

³⁸ De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959, n. 58.

santos. Estáis cumpliendo un deber de paternidad ayudándoles, ayudándome a que sean santos. Dejadme que os lo diga: el orgullo y la corona del Opus Dei sois las madres y los padres de familia, que tenéis pedazos de vuestro corazón entregados al servicio de la Iglesia.³⁹

El cariño paterno y materno encontrará nuevos modos humanos y sobrenaturales de ayudar a los hijos. La oración será siempre el cauce por el que discurre ese afecto, sin olvidar tantos otros pequeños detalles en los que se materializa el cariño. *El hecho de que este hijo tuyo haya recibido la gracia de la vocación* —comentaba el Padre—, *significa que el Señor ha premiado también las atenciones tuyas y de tu mujer, pero —repito— tu misión no ha terminado (...). Para que tu hijo vaya adelante, se requiere que tú y tu mujer recéis mucho, ¿de acuerdo? Así tendrá dos Angeles Custodios además del suyo; y le acompañarán con vuestras oraciones, con vuestro cariño, con vuestra comprensión...*⁴⁰.

El criterio, la luz que hará descubrir a los padres y madres de familia la grandeza de su misión de ayudar a que los hijos permanezcan fieles a su vocación, será el ejemplo de Santa María y de San José. Después de buscar durante tres días a Jesús, que se había quedado en el Templo, le oyeron decir: *¿no sabíais que es necesario que Yo esté en las cosas de mi Padre?*⁴¹

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Del Padre, Tertulia, 10-IX-1976.

⁴¹ *Luc.* II, 49.